

# Archipiélago Literario

AÑO VII

2ª EPOCA

Nº308

COORDINADOR: **Sebastián de la Nuez**ASESORES: **Flora Lilia Barrera, Montserrat Hernández, Juan Marrero y Rafael Fernández**

Luis Palmero, pintor y poeta, y Nilo Palenzuela, ensayista y profesor, han editado, en la imprenta de El Productor de La Laguna el 15 de marzo de este presente año, tres cuadernillos en octavo menor y de excelente factura, unas *Notas* y unas *Escalas*, de las que nos complacemos dar noticia y unas muestras, por un lado porque en las *Escalas* hay unas referencias a la Isla de La Palma, a la que las dedicamos para celebrar el V centenario de la fundación de su capital, y por otro lado como reconocimiento y reencuentro a dos antiguos

colaboradores de nuestras páginas literarias. La segunda parte está relacionada con las *Escalas*, que tiene por lema un bello y breve poema de Johan Brosa. Publicamos la primera parte de un comentario del profesor mallorquín, que lo fue de La Laguna y de Barcelona, nuestro antiguo compañero don Antonio Vives Coll, dedicado a un libro de Jorge Demerson, *El collar de la Península* (1992), donde relata las impresiones de su autor en un viaje por las Baleares y Córcega y las islas atlánticas africanas (Canarias).

## ESCALAS Y NOTAS DE LUIS PALMERO

JOHAN BROSSA

El cel  
a dalt i el mar  
a baix

Joan Brosa

**A** COSTAS—horizontal sobre la tierra contemplo la noche atronadora acostado y en la noche contemplo la tierra leve.

La Palma-Basilea (La tempestad o la novia del viento)

En esta noche tramada la noche crece y nada creía que creciera tanto. Palabras y fragmentos en el espacio del papel.

A Sigmar Polke:

Hojas de casi tres metros, plataneros. Bóveda del cielo a seis metros de altura.

Por las mañanas bajo al pueblo de Los Llanos, con frecuencia me confunden con uno de Keve, es entonces cuando saludo al del sombrero de fieltro junto con la gente de la isla.

Los pájaros forman grumos en las cuerdas de los tendidos eléctricos, música ordenada al azar: Nota Cage.

Todas las tardes a la hora que afloja el calor, leo con el fresco los poemas civiles de Brosa. Situación privilegiada de este lector entre dos paisajes claros.

Hay en Puerto Nao una casa blanca, inscrita poéticamente con el número 12 12345. En ella veo la etapa insular de Foix.

¿Cuántos han visto nítidamente la esfera de Oramas girando? ¿Cuántos se deslumbran?

La mañana es espléndida en este agosto amable; la luz tamiza las montañas verdegrises y un aire de colores nunca el valle. A lo lejos, una cinta de monjes se mueve lentamente en el pensamiento.

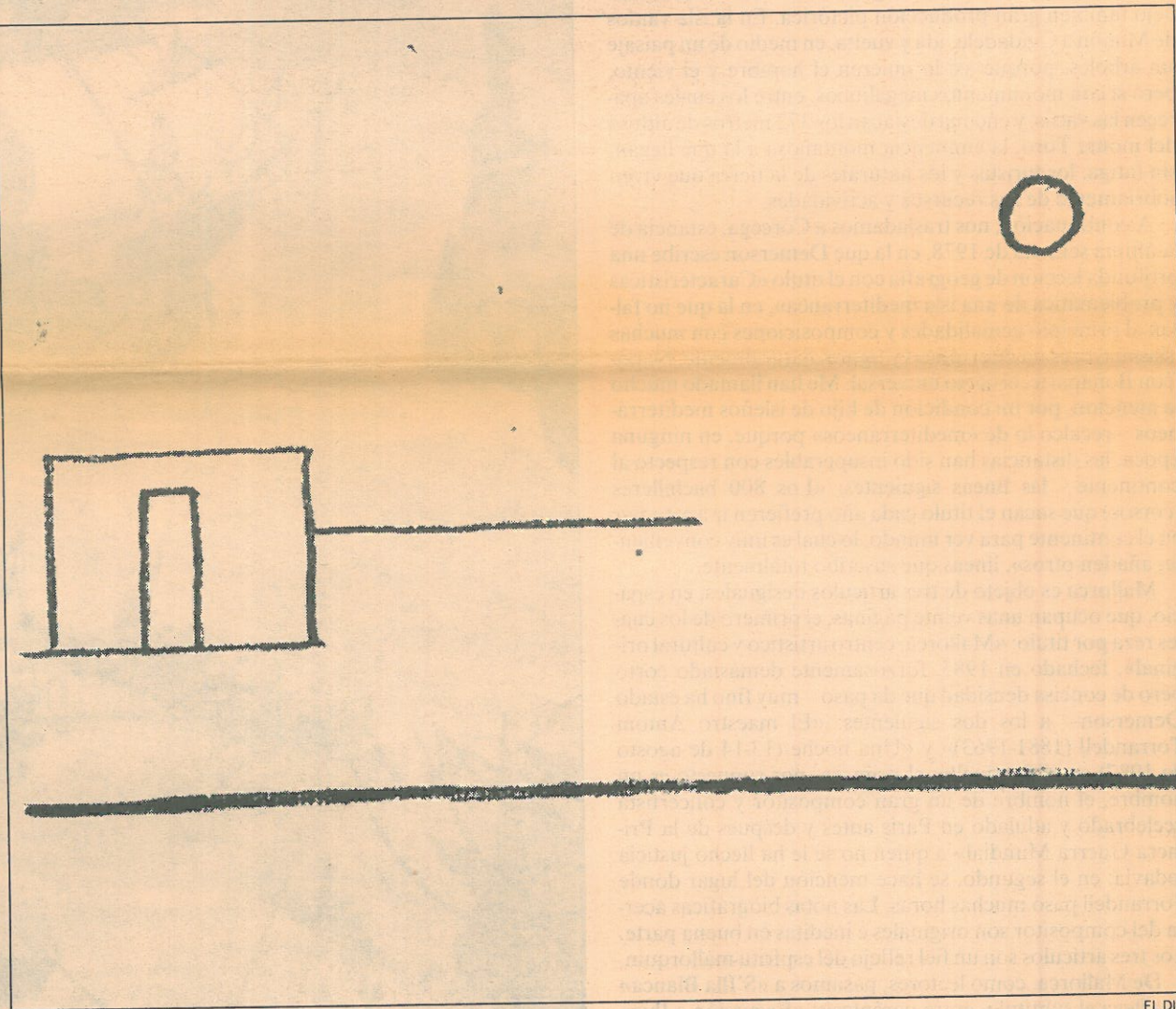
Distribución de casas soleadas, rumor de vivacidad que da el sol sobre sus fachadas; en otras, ni puertas ni ventanas. Juegos planos de la luz que entra felizmente.

Ya lo titularé más tarde

José Duna

Sucedió que otra tarde, hace ya tiempo, fui con unos amigos a la playa. Carlota y David ellos, siempre, juntos para allá y para acá. Fue toda una época.

Debió de ser por este mes, septiembre; pues la marea estaba más que llena; o tal vez tan vacía que, en tres charcos apenas, nos habríamos bañado. Bueno, lo mismo da: ocurrió en septiembre.



Escala de Luis Palmero en Lanzarote

Fue aquella más que una época dorada.

Tomábamos el sol medio tumbados hasta quedar dormidos. Rítmicamente, el ronroneo marino iba arañando esa distancia que distingue cada cosa, así el hombre de su semejante.

La arena se agitaba en torbellinos ardientes, construyendo y deshaciendo montañas en la arena onduladas. Y fue nuestro deseo pedir que el agua nos acogiera con su frior pausado.

Rompió despacio una ola y levantamos la carpa azul y respiramos muy hondo; luego abrimos los ojos bajo el mar.

Qué ganas de reír allí sentimos (aunque no era el momento de ahogarnos). Cuánta felicidad ser trapecista en un circo de peces coloreados; superar las medusas, las estrellas de mar, en un trapecio coralino.

De una cueva esquivamos el acecho de la morena de mirada helada. «Del descanso ni hablar sobre aquel lecho de arena: manto dulce es a las rayas». Era como pasar la cuerda floja.

Carlota dijo: «Tengo mucha hambre». Con qué gracia subía las burbujas desde la copa de sus labios verdes. Diseñaba, en tamaño, su apetito con su jaspeada desnudez. Ahora, también, subía el hambre a mi cabeza.

Pensé en las perlas de los mares grises. Pensé en el pulpo de ocho brazos rojos. Sentí lo azul del fondo submarino. Manché de sangre la amarilla tarde. Recuerdo que aspiré a desfallecer.

La noche llega. El mar ya sólo se oye suplicar por su oscura eternidad. Más no puedo decirte. Nuevamente pensaré en esta historia que he contado. ■

EL DIA